

entrar en lugar santo.

Por deleitar sacó el rabé. Sentado en la balaustia, echándose atrás la pelleja de cabra del abrigo, lo templó antes de hacer sonar la trova de La razón de amor con los denuestos del agua y del vino, una de sus preferidas y tal vez más logradas interpretaciones. Se imaginaba, como su compositor Ramón Vidal de Besalú, ante la reina de Castilla, doña Leonor de Aquitania, ésta vistiendo su manto de seda bermeja con lista de plata y el león bordado en oro, escuchando las cuentas de la hazaña, ya que Chacón, en su recorrido a través de la trova aprendió que, lo mismo cuando es uno solo quien escucha, como cuando lo es toda una corte, no debía de hacerse diferencia a la hora de interpretar las estrofas, puesto que lo poco está en el origen de lo mucho.

Cuando lo hizo, viendo que a su alrededor se arremolinaron los curiosos, y necesitado de poner en la bolsa algunas monedas, dejando el rabé y usando para la ocasión dotes de juglar y danzarín a un mismo tiempo, comenzó a dar vueltas sobre sí, mirando a quienes le rodeaban, hablándoles en lengua castellana, que sonaba a música celestial saliendo de su boca.

-He venido para contaros una aventura que acaeció allá, en la tierra de donde vengo, a un señor aragonés, don Alfonso de Barbastro...

Antes de entrar en los amores enfrentados de doña Elvira y don Bascol de Cutanda, al contrario de lo que con don Alfonso VIII le ocurriese a Vidal de Besalú, amaneció por la puerta de la iglesia de San Martín su arcipreste quien, con su sola presencia, fue capaz de ahuyentar a los curiosos que atendían la trova que el rey de Castilla, vencedor en Las Navas, puso por título Amonestamiento de celosos.

Previamente a que el clérigo lo hiciese, se introdujeron por la boca oscura del templo dejando a Chacón con la palabra en los labios. Hasta los haraposos chiquillos, cual si hubiesen visto al demonio, se derramaron a esconderse al abrigo de los callejones. En un instante creyó quedar a solas con la única compañía de la mula. No era así. Desde la penumbra de uno de los escondrijos, a la umbría de la iglesia, se topó con la mirada cálida de una alegre muchacha de senos pródigos y tersos. De sensuales movimientos de caderas, mesándose el cabello, adivinándose un halo de seducción en su sonrisa. Desde la distancia le devolvía la mirada pícara señalándole el coladero de un pajar colmado de heno.

La siguió con la mirada viendo como la chica, arremangándose el faldón, tal vez para mostrar los muslos, blancos y perfectamente torneados, se introdujo como si de un gato se tratase, al misterio que encerraban las paredes del pajar.

Chacón, quien no cataba desde semanas atrás dulzuras de mujer, imaginando lo que encontraría bajo las sayas, se apresuró a dejar la mula junto al coladero antes de introducirse a buscar entre las blanduras las tiernas carnes que le andaban aguardando, desoyendo las palabras que a su conciencia llegaban, las mismas que le dictase su maestro en la abadía de La Provenza antes de salir al mundo en busca de su propio sustento.

-Evita la tentación de la carne, no olvides que en la tentación está el peligro y con el peligro llegará la muerte y la desgracia para tu persona; se humilde, puesto que en la humildad encontrarás la razón de tu existencia.

Pero la tentación resultaba en todo momento difícil de evitar, y no dudó en entregarse a ella.

Extracto de la novela: Crónica del Trovador, de Tomás Gismera Velasco.